

El catalizado

Juan Pablo González

Image not found.

Capítulo 1

Ceballos recuerda algo gracioso, ocurrido en su trabajo; al llegar a la parte en que Malvino ríe al ver la foto que le acaba de tomar, piensa que su risa ha nacido con mucho sentimiento, con genuina diversión, y, sumado al hecho de que Malvino está próximo a jubilarse, resulta más enigmática su actitud, tan infantilmente alegre frente a la vida. Después de cuestionarse así el origen de la felicidad de Malvino, tuvo una convincente idea.

Siempre ha bastado que Malvino se haga presente para verlo rebosante de alegría, y que llame la atención eso, por ocurrir así, casi sin motivos. Pero lo que se le ha dado por pensar ahora, es si Malvino actúa de la misma forma a solas. De no hacerlo, piensa, es algo que pasa necesariamente en presencia de otros, y, por lo tanto, uno influye de alguna manera para que esto suceda. Así es que su conclusión parcial es que Malvino es un catalizado. Entiende con esa palabra a una persona que carece de algo para realizarse en un determinado aspecto; en el caso de Malvino, sería la falta de una actitud alegre ante la rutina, y también ante la vida en general. En acontecimientos tristes, Malvino siempre se sobrepone, como si estuviese más allá del bien y del mal.

Lo que, cree, podría obtenerse por contraste, es decir, que Malvino, en vez de desplegarse alegremente tras volver a ver a ciertas personas, se muestre reacio con éstas. Si eso ocurre, cimentaría mejor la idea de que su energía, con las del resto, se amalgaman apenas Malvino los ve, y se produce en éste, una reacción química o energética, cuyo resultado es la inmediata liberación de endorfinas o algo semejante en su cerebro que lo torna así, sospechosamente alegre.

Esta mañana Ceballos espía a Malvino, y creyó comprobar su sospecha, la de que Malvino es muy diferente a solas. Antes de salir de casa, Ceballos encontró un neumático de su moto pinchado, y tuvo que viajar en colectivo. Al llegar al trabajo caminando, no existió el sonido de ningún motor que lo delatara, y se le ocurrió escabullirse y parapetarse detrás de una de las columnas del ingreso. Desde ahí observó todo lo que le permitió la ventana de la Guardia. Inmerso en las tareas diarias, el semblante de Malvino, más que serio, parecía malhumorado, y hasta le dio la impresión a Ceballos de que Malvino bufara de a ratos, como quien tiene ganas de irse pero siente que el momento de poder hacerlo se resiste a llegar pronto. No lo vio reírse nunca, ni siquiera sonreír.

Un Malvino diametralmente opuesto fue el que lo recibió al entrar. Muy efusivo como siempre, lo besó y palmeó antes de cerrar la puerta. Enseguida preparó el mate y antes de comenzar a cebar ya le estaba

contando una anécdota con sus innatos dotes teatrales de siempre. Charlaron, rieron y bebieron mate hasta que Malvino decidió irse. Era el Malvino de siempre, y Ceballos pensó que, ese Malvino paralelo, que notó a primera vista como un viejo gruñón, era el verdadero, y que por alguna razón no quería ser descubierto, y que en consecuencia, por necesidad, había inventado al otro, el conocido.

Ceballos le contó a Suárez, otro compañero y amigo, pero más amigo por antigüedad, que había espiado a Malvino, y que había descubierto, al parecer, su verdadera personalidad. Suárez restó importancia al asunto, opinando que un Malvino no quita al otro y que tranquilamente el que todos conocen puede ser tan genuino como el serio, y que si en verdad se esfuerza en ocultar esa seriedad, debe ser para mantener intacta la apariencia de persona alegre, siempre, ante cualquier situación.

Suárez confesó que tampoco lo cree tan fuerte, que de seguro Malvino tiene sus miserias como nosotros, y a la vez, sus razones para ocultarlas.

Pero no eso no convence a Ceballos, porque tiene un fuerte presentimiento, y desea equivocarse, porque aprecia a Malvino, pero siente que el Malvino alegre es una pantalla, y que el único genuino es el secreto, el que no se deja ver. Siente la necesidad de desenmascararlo, y tiene un plan: hacerlo enojar, lo suficiente como para que pierda el control de su impostura, y aparezca el verdadero. Pero al mismo tiempo no se imagina a sí mismo haciéndolo enojar. No lo haría porque lo aprecia, y también porque encuentra incierto el resultado que pueda obtener; no tanto la reacción de Malvino, porque Ceballos cree que aun ofendiéndose, Malvino posee la habilidad de mostrarse alegre; es la posibilidad de que el trato entre ellos cambie negativamente lo que lo detiene. Quizá, en el fondo, no quiere tratar con el Malvino que piensa desenmascarar, porque hasta los favorece, aún si finge, al ofrecerles su mejor ánimo, su mejor sonrisa, su mejor energía.

Es lunes, y Ceballos se encuentra trabajando. Ha hecho fácil y segura la cuestión que venía meditando ejecutar: como tiene acceso a las cámaras de vigilancia, aunque no autorizado, llegó tarde a su puesto a propósito, para luego buscar y observar la reacción de Malvino captada en video. Según el registro, Malvino espera pacientemente mientras atiende la Guardia, y llegada la hora de irse preparando, barre un poco, riega los espacios verdes, guarda sus cosas. Deja el Libro de Actas sin hacer hasta que llegue Ceballos, como siempre. En un momento mira hacia arriba, seguramente hacia el reloj, porque es ahí cuando su humor se trastoca de manera evidente. Ceballos comienza a encontrar interesante la filmación en ese instante, y al mismo tiempo que va observando las conductas de

un Malvino que se pone cada vez más serio, va riendo con más hilaridad, hasta que recuerda que Malvino mencionó algo acerca de un doctor cuando subía a su moto, y ahora, como asombrado, recuerda que la víspera Malvino le había pedido por favor que lo relevara unos minutos antes para poder llegar a tiempo a la cita con su médico.

Ceballos siente verdadera pena, porque recién ahora logra atar algunos cabos sueltos de cuando llegó al trabajo: Malvino ya había limpiado y ordenado, había hecho el Libro de Actas en contra de su voluntad, violando el principio de cerrar el libro hasta que llegue el relevo, lo saludó a Ceballos que se disponía a extraer el agua caliente del dispenser, para los mates, porque se iba, apurado, balbuceando a través del casco que ya enjaulaba su cabeza, algo de un doctor, y Ceballos para no complicar la cosa decía que sí, que no había problema y que anduviera bien y que se verían mañana.

Malvino está inmerso en un documental, ve que se acerca un vehículo, se aproxima hasta el umbral de entrada de la Guardia y saluda amablemente a los ocupantes del vehículo, que sin haberse detenido ni aminorado su marcha, engancha, con su carrocería, la barrera de ingreso. Sigue no más, y Malvino sale por detrás de la camioneta, se toca la cabeza, saca el celular, se agarra los anteojos, no sabe qué hacer, a quién llamar y qué anotar en el libro...

Por supuesto que Malvino se enoja.

Me enteré, dice, que Ceruti dijo que enganchó la barrera porque yo la había dejado según él en posición peligrosa, algo así. La barrera estaba bien, que se fijen en las cámaras y listo!

Ambos saben que la falta fue suya, y que al no tener acceso al registro en video, lo que él diga será, supuestamente, la verdad para Ceballos.

Siguió cebando mates, y Ceballos comiendo facturas. Ese día se puso de su lado:

«Dejalos, Malvino, que a vos no te van a tocar, igual...».

Hace mucho que a Ceballos le cae mejor Malvino, y no sabe por qué. Lo único que ha notado es que Malvino no anda tan risueño como siempre, quizás debido al enojo que aún siente contra Ceruti. No lo ha vuelto a vigilar. A veces, disfruta de su compañía hasta que abandona la Guardia.

Ya las últimas veces que lo vigiló Ceballos no era el mismo, ahora se da cuenta, y además, de que andaba como a la defensiva. Se ríe más que antes cuando Malvino cuenta alguna de sus anécdotas. Y ahora, cuando lo ve irse despacio en su moto, siente algo de culpa por todas sus intrigas hacia él. Y no deja de creer que cumplió, a la vez, con un mandato que sintió que debía ejecutar.